

Jean Debucourt, Denise Genv y Andrée de Chauveron, en una escena de la obra de Montherlant.
(Foto Lipnitzki.)



BROCELIANDE, de Henry Montherlant

Por Martine CADIEU

HENRY de Montherlant, con la mayor gentileza, ha pedido disculpas al público por haberse dejado llevar otra vez por la tentación de escribir una nueva obra de teatro, pues recordamos que su intención era retirarse de la escena después de "Port-Royal", que debía ser su última obra dramática.

"Empecé —dice— el año pasado una obra que había deseado escribir desde hace medio siglo. Sí, desde la edad de diez años he pensado que un día escribiría algo sobre los romanos. Por fin lo hice, pero después de nueve meses de trabajo sentí la necesidad física, primero, de salir cuanto antes de ese baño de sangre y de barro que es la Roma

antigua, y segundo, de hacer un trabajo no solamente diferente de lo histórico sino completamente opuesto."

Montherlant ya ha perdido el afán de viajar, pero todavía conserva un interés hacia los seres, una curiosidad sobre todo lo humano, y una alegría al hacerles nacer, hablar y morir, según su genio intelectual. Nada más diferente a un trabajo histórico que una obra teatral. El comenzó esta obra de la que tenía una necesidad urgente. "Necesitaba crear algo que fuese creado enteramente en el acto.

Henry de Montherlant ha escrito demasiado sobre la famosa teoría de alternar y de la contradicción humana

para que uno le reproche, ni siquiera un instante, el haber proclamado: "Me retiro del teatro", y después el haberse convertido en dramaturgo.

Es en el desierto de su soledad interior, donde vive el señor Persiles —personaje triste, a pesar de sus sonrisas y sus bromitas cotidianas. Y de repente, por un juego del destino, la llanura monótona y desierta de su vida parece convertirse en selva: lianas, árboles maravillosos, cargados de flores extrañas y venenosas, sendas de arena perdida en la distancia del pasado. Es "Broceliande", la selva embrujada.

Un segundo personaje nace: el señor de la Bonnetière. Viene para hacer sa-

Escenarios del mundo

ber al "pobre tipo" de burgués que es Persiles, que es un descendiente de San Luis y que pertenece a aquella raza feliz de los nobles y de los aristócratas. El buen hombre teme su vejez sin alegría y una muerte pequeña y trivial junto a una esposa que, a pesar de su bondad y fidelidad, carece por completo de finura. (La falta de finura en las mujeres es una de las teorías preferidas del autor.) El valiente señor Persiles no quiere, en principio, creer en este milagro, pero muy pronto le vemos leyendo libros históricos, e insensiblemente convirtiéndose en otro, en un noble vanidoso pedante. La vanidad que ya existen en él, durmiendo como un animal malo de la selva, es lo que da carácter dramático a esta metamorfosis. En efecto, ¿cómo Persiles, perdido en la selva de los árboles genealógicos, podría soportar el saber que la noticia era falsa y que él tendría que volver a su desierto, a entrar de nuevo en su propia piel? Cuando uno ve todo perdido, sólo se piensa en el fin.

Esto es lo que hará Persiles, cuyo suicidio, rápido y brutal, explota como un cohete en un momento de la comedia.

Bajo su aspecto alegre, "Broceliande" es una obra sombría; volvemos a encontrar en esta obra ideas queridas de Montherlant: el odio a aquella "intromisión del mundo exterior que quiere obligarnos a hacer lo que no queremos hacer". El recelo "porque aquello que se teme siempre llega a pasar". Y, luego, el gusto del mito (fábula), el poder del deseo de lo que sea. "La impostura es una necesidad profunda del corazón humano." "Un hombre de sesenta años tiene más necesidad que cualquier otro de una pasión. El abismo delante y el abismo detrás."

Algunas frases suenan como una campana.

"Estoy allí, en el centro de los que duermen y de los que ríen. Las penas de Francia me despiertan por la noche." "Cuando un hombre pierde el sentido del deber, está perdido." "Todo el valor que hará falta para poder soportarse a sí mismo." "Hay algo que se ha roto. Soy como Don Quijote cuando dejaba de estar loco..."

Ahí, en esta última frase, está acaso la clave de "Broceliande".

Esta obra ha tenido una aceptación variada por parte del público. La gente superficial se detiene, como es natural, en la superficie más bien alegre y en el bromear de Madame Persiles. (An-

drée de Chauveron retrata una persona mayor, muy auténtica, sencilla, sin sutileza.) La gente profunda se pone triste al seguir el canto menor que corre por el fondo de la obra, como un río implacable entre los árboles. Este personaje, de una edad "donde uno no desea ya ganar tiempo, sino perderlo; donde uno quiere dormir mucho", es abrumador. Jean Debucourt, conmovedor por su verdad, fino, escondiendo su pena y luego confesándola, opone a Jean Meyer (Monsieur de la Bonnetière) todo su realismo.

La dirección de Jean Meyer es sencilla y muy acertada. El decorado, de Suzanne Laliq, es agradable en su colorido y a la vez impersonal y cálido.

Uno se despide de "Broceliande" más inquieto de lo que parece, por su acento de verdad amarga, y durante mucho tiempo vuelve a oír al pobre Persiles: "Ahora no me llamarán más un "pobre tipo", sino "un pobre viejo... Hay algo que se ha roto..."

Este drama del amor propio contiene unas verdades profundas y familiares, y es aún más conmovedor por el hecho de esconderse detrás del pudor de las sonrisas.

Broceliande.



Ausencia de teatro italiano en Italia.



El teatro en Londres.



El Departamento Dramático de la Universidad de Texas.



Jean Meyer y Jean Debucourt, durante la interpretación de BROCELIANDE. (Foto Lipnitzki.)



Un éxito enorme ha obtenido la joven actriz, Françoise Spira, que, junto a Jean Marais, representó la espiritual obra de Bernard Shaw, CESAR Y CLEOPATRA.

(Foto Pic.)

